

na tanto á nuestro corazon como á nuestra razon; pero hay que hacer justicia hasta á los ateos. El baron d'Holbach nos dirá porque es ateo y no cristiano :

« La religion, sombría ó entusiasta, conduce siempre al supersticioso á la locura ó á la crueldad. Nunca se perturbará la imaginacion de un ateo hasta el punto de hacerle creer que las violencias, las injusticias, las persecuciones, los asesinatos, son acciones virtuosas ó legítimas. Todos los dias vemos que la religion ó la causa del cielo ciegan á personas humanas, equitativas y sensatas en todas materias, hasta el punto de imponerles el deber de tratar con la mayor barbarie á los hombres que se separan de su manera de pensar. Un hereje, un incrédulo, dejan de ser hombres á los ojos de los supersticiosos.... Jueces, equitativos en cualquiera otra materia, no lo son ya, en cuanto se trata de quimeras teológicas; se bañan en sangre, creyendo obedecer á los planes de la Divinidad. Casi en todas partes las leyes, subordinadas á la supersticion, se hacen cómplices de sus furores; legitiman ó trasforman en deberes las crueldades más contrarias á los derechos de la humanidad. Todos esos vengadores de la religion, que por puro capricho, por piedad, por deber le inmolán las víctimas que ella les designa; ¿no están ciegos? ¿No son tiranos que cometen la injusticia de violar el pensamiento, que tienen la locura de creer que se puede encadenarlo?..... Los sacerdotes, tan cuidadosos de la salvacion de las almas, que fuerzan insolentemente el santuario del pensamiento, á fin de encontrar en las opiniones del hombre motivos de hacerle daño, ¿no son bribones odiosos y perturbadores de la tranquilidad de los espíritus, honrados por la religion y detestados por la razon? ¿Qué malvados más odiosos á los ojos de la humanidad que esos infames inquisidores que, por la ceguedad de los príncipes, disfrutan del privilegio de juzgar á sus propios enemigos y de arrojarlos á las llamas?... En una palabra, ¿no ha sido el nombre de Dios la señal de las tristes locuras y de los atentados más espantosos? ¿No han nadado en sangre en todas partes los altares de todos los dioses? Y, bajo cualquier forma que se haya presentado la Divinidad, ¿no ha sido en todos tiempos la causa ó el pretexto de la violacion más insolente de los derechos de la humanidad? »

« Un ateo, dice d'Holbach, no se convencerá nunca, mientras conserve su buen sentido, de que semejantes acciones puedan tener justificacion. » Si d'Holbach es ateo, es porque está bien persuadido de que solamente el ateismo nos dará la libertad de pensar. ¿Puede haber mayor beneficio para la humanidad? « Hoy el genio encuentra trabas en todas partes; la religion se opone continuamente á su marcha; el hombre, rodeado de dificultades, no disfruta de ninguna de sus facultades; su espíritu mismo está cohibido y parece perennemente envuelto en las mantillas de la infancia. El poder civil, ligado con el poder espiritual, no quiere mandar, segun parece, más que á esclavos embrutecidos » (1).

### III.

¿Era necesario para llegar á la tolerancia, al libre pensamiento, hacer una guerra sin cuartel al cristianismo y á toda religion? Al responder á esta pregunta, no hay que olvidar que estamos en el siglo XVIII y en Francia. Los filósofos no se encontraban frente al cristianismo evangélico, sino frente al catolicismo, á la Iglesia. Ahora bien, el catolicismo acababa de probar que es intolerante por esencia, y que será siempre perseguidor, allí donde pueda contar con el apoyo de la fuerza y con la estupidez humana. ¿Quién habia revocado el edicto de Nantes? ¿quién habia incitado á las conversiones *con botas de montar*? ¿quién habia inventado las *dragonadas* para hacer volver á los reformados á la antigua fe? No era el papa, no era una Iglesia ultramontana: un rey de Francia, un descendiente de Enrique IV fué el que firmó el edicto fatal: la Iglesia galicana lo promovió y lo aplaudió. ¿Era una edad de tinieblas aquella en que se ejerció tan abominable persecucion de cristianos contra cristianos? Era el siglo de Luis XIV; los que se alegraron, los que felicitaron al príncipe por haber restablecido la unidad de la fe, se llamaban Bossuet y Fenelon! ¿Qué se dice para excusar á aquellos grandes genios? Que fueron los órganos del sentimiento nacional. Y ¿quién pervirtió hasta tal punto á una

(1) *El Sistema de la naturaleza*, t. II, p. 405, 409, 425.

nacion generosa entre todas, á la nacion que cuenta entre sus hijos á Rabelais y Montaigne? El catolicismo. Luego el catolicismo es el culpable. Y como para los libres pensadores el catolicismo se confundia con la religion cristiana, llegaron á la consecuencia de que era necesario aplastar, no solamente al *infame*, como decia Voltaire, sino á la religion misma, porque toda religion les parecia intolerante por esencia.

«Tolerar una religion, dice d'Holbach, seria tolerar un culto que se cree ofensivo para su Dios; seria hacer ceder los intereses de su gloria á una política humana, abominable á sus ojos. Ahora bien: no hay nada en el mundo más importante que Dios; de él depende la suerte de los humanos; lo esencial es agradarle. ¿No vale más que un Estado se despueble y languidezca, que no consentir un gran número de ciudadanos infieles que infaliblemente atraerian sobre él la cólera de los cielos? Será, pues, preciso que los príncipes, lugartenientes y representantes de la Divinidad, encargados de vengar sus derechos, se armen con la espada para extirpar la herejía y la impiedad de sus Estados: que destierren, persigan y destruyan á aquellos de sus súbditos á quienes el clero denuncia como enemigos de Dios.» Y no hay nada que responder á d'Holbach; no ha hecho más que trascribir las palabras de los papas, los decretos de los concilios, las máximas de los teólogos, la doctrina que Bossuet enseñaba poco ántes del siglo XVIII. El catolicismo pervierte de tal modo la inteligencia y el alma, que la tolerancia llega á ser considerada como un crimen. Escuchemos á d'Holbach: «*Tolerante ó impío* fueron casi siempre sinónimos para los devotos y para los sacerdotes. El partidario de la dulzura es considerado como autor del crimen; no se atreve á manifestar sus sentimientos; se ve obligado á ocultarse como un malhechor.» Los defensores modernos de la Iglesia, avergonzados y confundidos por la sangre derramada en nombre de la religion, hacen *distingos*: confiesan la intolerancia religiosa, niegan que la intolerancia civil sea un dogma cristiano. En otro lugar responderemos á estas argucias; d'Holbach tiene razon cuando dice que la tolerancia civil no es más posible en el catolicismo que la tolerancia religiosa: «¿No se haria el soberano culpable de una indiferencia criminal si desatendiese los intereses de su religion? ¿No debe

ocuparse de la felicidad, de la salvacion eterna de sus súbditos? ¿Les permitirá extraviarse y perderse para siempre? ¿No debe servirse de su autoridad para obligarles á volver al buen camino y salvar sus almas, mucho más importantes que sus cuerpos? ¿No debe usar, si es necesario, de una *saludable crueldad* para obligarlos á hacerse dignos del mayor de los bienes?» (1).

Estas palabras no son originales de d'Holbach: el libre pensador no hace más que repetir lo que han dicho los Padres de la Iglesia. No se equivoca más que en una cosa, y es imputar al cristianismo los crímenes de la Iglesia católica, y en confundir en una misma reprobacion al cristianismo, y á toda religion. Lo que hace intolerante al cristianismo histórico no es la doctrina de Jesucristo, es el dogma de Nicea, es la revelacion milagrosa del Hijo de Dios. Hubiera debido, pues, separarse la causa del cristianismo evangélico de la del cristianismo tradicional. Voltaire y Rousseau abundan en esta idea; tambien se la encuentra en Helvecio. «La religion de discordia y de sangre no es la religion dulce y tolerante de Jesucristo, sino la del sacerdote, aquella en cuyo nombre se declara vengador de la Divinidad» (2). D'Holbach no se detiene en esta distincion, que preciso es confesar no era generalmente más que una astucia de guerra; los filósofos querian arruinar el catolicismo en nombre del Evangelio, pero tampoco tenian gran simpatía por el Evangelio. Los ateos tienen por lo ménos el mérito de la franqueza: no quieren ni cristianismo evangélico ni catolicismo romano; rechazan toda religion. Antes de condenarlos es preciso oírlos; mucho nos engañamos, si lo que atacan como esencia de la religion, no es la supersticion cristiana.

D'Holbach opina que la distincion entre la religion y la supersticion es una sutileza. Se dice que la supersticion no es más que un temor bajo y desordenado de la Divinidad. Pero ¿no es ésta la esencia de toda religion? Al mismo tiempo que se nos dice que Dios es infinitamente bueno, ¿no se nos repite incesantemente que se irrita con mucha facilidad, que no concede su gracia más que á corto número de individuos, que castiga con furor á aque-

(1) D'HOLBACH, *Historia de la supersticion*, t. II, p. 7, 20, 28, 30.

(2) HELVETIUS, *Del Hombre*, sec. IX, c. XXX.

llos á quienes no ha tenido á bien concederla? (1). ¿Qué es, pues, la religion? El sabio no ve en ella más que impostura, un extravío de la imaginacion turbada por falsos terrores, reducidos á sistema por entusiastas ó por bribones que se han propuesto hacer temblar y deslumbrar al género humano, para someterlo á sus propios intereses (2). «El género humano está en todas partes sometido á los sacerdotes; éstos han dado el nombre de religion á los sistemas que habian imaginado para subyugar á los hombres, cuya imaginacion habian seducido, cuyo espíritu habian turbado y cuya razon habian tratado de sofocar» (3).

Hay, dicen los incrédulos, en todas las religiones una mezcla singular de fanatismo y de picardía. ¿En qué se fundan? En prodigios, en milagros. Ahora bien, los hechos sobrenaturales que una religion revela como una manifestacion de la Divinidad son rechazados por la otra como una impostura. Lo cual implica que todas esas pretendidas revelaciones son una ilusion de la credulidad humana, ó una invencion de la ambicion y de la codicia sacerdotales (4). El fraude es lo que domina. La política de los sacerdotes les obliga á aumentar y á favorecer los errores del género humano: «Hablan de Dios como de un monarca interesado, envidioso, lleno de vanidad, que no da más que para que se le devuelva; que exige muestras continuas de respeto y de sumision; que quiere ser solicitado, que no concede sus gracias más que á la importunidad, á fin de hacerlas valer más; y sobre todo, que se deja apaciguar con presentes de que se aprovechan sus ministros» (5).

No hay medio de negar el fraude y la impostura; ¿habrá necesidad de recordar las falsedades que abundan en la historia de la Iglesia católica? Pero cuesta trabajo comprender que los hombres se hayan dejado engañar por juglares que se llaman ungidos del Señor. ¿No probará esto que hay en la religion algo que no es

(1) *El Buen sentido*, § 63, p. 64.

(2) *Ensayo sobre las preocupaciones*, c. 7 (en las *Obras de DUMARSAIS*, t. VI, p. 167).

(3) *Cartas á Eugenia* (en las *Obras de FRERET*, t. I, p. 7).

(4) *Cartas de Trasibulo á Leucipo* (en las *Obras de FRERET*, t. II, p. 187-189).

(5) *Cartas á Eugenia* (FRERET, t. I, p. 172).

mentira, que hay un sentimiento legítimo, la fe, de la cual se puede abusar, como se abusa de todo? No: responden los materialistas, la supersticion ha nacido del temor, y el temor de la ignorancia. Escuchemos al baron d'Holbach: «Por no conocer las fuerzas de la naturaleza, el hombre la supone sometida á potencias invisibles, de las cuales cree depender, y á las cuales imagina unas veces irritadas contra él, otras favorables á su especie. Por consiguiente, supone relaciones entre estas potencias y él; unas veces se cree objeto de su cólera, otras objeto de su ternura ó de su piedad. Su imaginacion trabaja buscando medios de hacerlas propicias ó de esquivar su furor. Una vez hallados estos medios y estas relaciones, el hombre se conduce respecto de Dios como el inferior respecto del superior, como el súbdito respecto de su soberano, como el esclavo respecto de su amo. Cuando el hombre ha sufrido grandes males, se figura un Dios terrible, ante el cual tiembla, y su culto se hace servil; es capaz de toda especie de extravagancias por apaciguarlo» (1).

Cuando la religion queda reducida al temor, se concibe el papel que en ella desempeña el sacerdote: «En medio de los hombres consternados, llenos de sufrimientos y desprovistos de experiencia, aparecen ambiciosos, entusiastas ó bribones que, aprovechándose de la ignorancia alarmada de sus semejantes, sacan provecho de sus calamidades, sus temores y su estupidez, se atraen su confianza, consiguen subyugarlos y les hacen adoptar sus dioses, sus opiniones, su culto.» Nada más natural. «Aquel que sufre ó tiembla, cree en todo, consiente en todo, con tal que se le prometa aliviar sus penas, que se disipen sus incertidumbres, que se ponga fin á sus tormentos. Por esto todo hombre que sufre ó tiene inquietudes se halla siempre dispuesto á entregarse á la supersticion. Principalmente en las calamidades públicas es cuando los pueblos escuchan la voz de los impostores que les prometen remedios; cuando las naciones están consternadas, los inspirados, los profetas y los ministros de los dioses, llegan á ser omnipotentes, triunfan siempre que los hombres son débiles ó están afligidos ó descontentos. Las enfermedades y las desgracias entregan á todo

(1) *Historia de la supersticion*, t. I, p. 1-3.

mortal en manos de los que le hablan en nombre de la Divinidad; junto al lecho de un moribundo es donde la religion está segura de alcanzar victorias completas sobre la razon humana» (1).

## IV.

Nada es, pues, más natural, dicen los materialistas, que ver que la impostura triunfa de la credulidad. ¿Habrá necesidad de añadir que el objeto de los impostores es su interes, su ambicion, su codicia y no el bien de aquellos á quienes engañan? «El fruto de su horrible política no es hacer mejores á los hombres, atraerlos á la virtud, hacerles observar las leyes de la naturaleza; es hacerlos más sumisos á sus guías que á la razon, envilecerlos á sus propios ojos, apagar en ellos toda energía, todo valor, todo sentimiento de su dignidad.» ¿Cómo contener á los hombres en esta servidumbre voluntaria, peor que la esclavitud, puesto que somete al alma? Hay un medio infalible para ello, y es cultivar su ignorancia: «La ignorancia fué siempre madre de la devocion. Ser devoto no significará nunca más que tener una confianza imbécil en los sacerdotes; es recibir de ellos sus impulsos, es no pensar y no obrar más que por ellos; es adoptar ciegamente sus pasiones y sus preocupaciones; es cumplir fielmente las prácticas que les impone su capricho» (2). Falta saber cómo se han compuesto los sacerdotes para perpetuar la ignorancia. Lo que pasa á nuestra vista confirma plenamente lo que dicen los incrédulos. «En la infancia es principalmente cuando el espíritu humano está dispuesto á recibir las impresiones que se le quieren dar. Por esto nuestros sacerdotes se han apoderado de la juventud para inspirarle ideas que nunca podrian imbuir á hombres ya formados. En la edad más tierna es cuando someten los ánimos con fábulas extrañas, nociones caprichosas é incoherentes, quimeras ridículas que poco á poco se convierten para ellos en objetos que respetan y temen durante el resto de su vida. Basta abrir los ojos para ver los indignos medios

(1) *Historia de la supersticion*, t. I, p. 9-12.

(2) *Ibid.*, t. I, p. 19.—*Cartas á Eugenia* (FRERET, t. I, p. 19).

de que se sirve la política sacerdotal para ahogar en los hombres su razon naciente. No se les enseña en su infancia más que cuentos ridículos, impertinentes, contradictorios, criminales, que se les dice que respeten. Se toman las medidas más acertadas para convertirlos en ciegos que no consultan ya á su razon, y en cobardes que temblarán siempre que recuerden las ideas con que los han envenenado sus sacerdotes en una edad en que no podian defenderse de sus asechanzas» (1).

Los libres pensadores condenan unánimes la educacion que daba el clero á la juventud confiada á su cuidado; no puede decirse que ignoraban lo que condenaban, porque la mayor parte habian sido educados por jesuitas: «¿Qué se aprende en las escuelas de esos maestros venerables, que reemplazan entre nosotros á los sabios de Atenas y de Roma? A la filosofía han sustituido una jerga bárbara que puede definirse el arte de desatinar por sistema y de oscurecer las verdades más claras; sus escuelas son arsenales en los cuales se arma el espíritu hasta ponerlo á prueba de todos los ataques de la razon. Así es que la educacion sacerdotal, en lugar de desarrollar la razon, no hace más que ahogarla en germen; en lugar de excitar el espíritu á la investigacion de la verdad, lo extravía en caminos tortuosos por donde no se llega á ella nunca; en lugar de desplegar la energía y la actividad del alma, la deja languidecer, aprisiona el genio, pone trabas al espíritu, lo separa de la ciencia, lo intimida, ahoga en él el deseo de la gloria, le quita el valor necesario para elevarse á grandes empresas» (2).

Hay una triste verdad en estas amargas acusaciones; si eran fundadas en el siglo XVIII, lo son más aún en el XIX. Gracias á los trabajos de los filósofos, gracias á la inmortal revolucion de 1789, disfrutamos hoy de la libertad política. Pero ¿qué son las libertades constitucionales, qué son los derechos del hombre y del ciudadano, cuando la razon es esclava? Y ¿puede la razon ser libre, cuando desde la infancia se la somete al yugo de los sacerdotes, que la ciegan y la deforman? Es para desesperar del porvenir de la humanidad, cuando se ve que naciones, que se llaman libres,

(1) *Cartas á Eugenia* (FRERET, t. I, p. 7, 8).

(2) *Ensayo sobre las preocupaciones*, en DUMARSAIS, t. V, p. 303 y 304.

confían la juventud en manos de los jesuitas para que formen ciudadanos y hombres. La primera condicion para ser hombre ¿no es pensar con libertad? ¡Y se deja á los frailes el cuidado de desarrollar la razon, cuando se sabe que su propósito es ponerle trabas, matarla, en cuanto puede el hombre destruir la obra de Dios! ¿No es esto llevar la inconsecuencia hasta la locura, hasta el crimen? Porque crimen es: no conocemos otro mayor que el que da por resultado la destruccion de una inteligencia libre.

Ya sabemos lo que engaña á los padres; es necesaria una religion, dicen, porque la religion es la base de la moral y el fundamento de la civilizacion. Estamos muy distantes de poner en duda la importancia de las ideas religiosas: falta saber cuál es la religion que se enseña en las escuelas de los jesuitas, y qué influencia ejerce. No está de más el oír sobre este punto á los libres pensadores; no han visto, es verdad, más que una fase de la cosas, pero ésta precisamente es la que importa dar á conocer bien. Cuando una religion está fundada en imposturas y en delirios, ¿qué bien puede producir? No puede hacer más que extraviar las imaginaciones, fomentar la sinrazon. Nunca puede de la mentira resultar un bien real. Luego tenía muchísima razon el ilustre Bacon cuando decia que *de todos los errores, el más peligroso es el error divinizado*. Para hacer razonables á los hombres no es necesario engañarlos, no es necesario obligarles á renunciar á la razon: se les debe enseñar la verdad, se les debe dar una educacion que los habitúe á vivir de una manera conforme á la naturaleza. El medio más seguro de extraviar á los hombres y de hacerlos malos es hacerlos estúpidos, es ocultarles ó disfrazarles la verdad, prohibirles el uso de la razon. « Cuando se los ha embrutecido de esta manera, es posible ordenarles hasta el crimen en nombre del cielo » (1).

Hay otra preocupacion que sostiene á la religion tradicional. Los mismos que están convencidos de los males que causa á los hombres, no dejan de mirarla como un mal necesario que sería peligroso tratar de desarraigar. El hombre, dicen, es supersticioso; necesita quimeras; se irrita cuando se quiere quitárselas. Pero

(1) *Historia de la supersticion*, t. I, p. 8 y 19.

¿por qué es supersticioso el hombre? Porque, responde d'Holbach, se le mece en supersticiones desde que nace, porque se le alimenta con superticiones en su infancia y en su juventud. Désele por alimento la verdad, y dejará de ser supersticioso (1). Nada más cierto. Como incrédulo, d'Holbach no podia apelar al gobierno de la Providencia, pero los que creen en Dios ¿han pensado alguna vez cuán impío es decir que el mundo está condenado para siempre al imperio del error y de la impostura? En verdad ¡preferimos el ateísmo del siglo XVIII á tan degradante creencia! Los ateos, á despecho de los errores de su inteligencia, tenían un corazon que palpitaba por los grandes intereses de la humanidad; tenían la verdadera fe, porque luchaban por la verdad.

## V.

Se acusa á los incrédulos de un odio ciego hácia el cristianismo. La censura es injusta; lo más que pudiera decirse es que se han equivocado. Y tampoco es absoluto su error, como suele decirse sin tomarse el trabajo de leer sus escritos. Se los condena sin más que porque atacan á la religion cristiana. Sin embargo, d'Holbach, el más determinado de los ateos, dice: « Si la religion fortificase los deberes que la moral impone á los hombres, por más incomprensibles que pudiesen parecer sus dogmas, no se la debería rechazar. *Sería un frenesí el querer atacarla, si contribuía realmente á hacer mejores á los hombres; el tratar de destruirla, sería conspirar contra la sociedad* » (2). Hé aquí una declaracion que deja á salvo el honor de los incrédulos, porque demuestra su buena fe. ¿Por qué, pues, atacan al cristianismo? Porque, responde d'Holbach, no deben guardarse consideraciones con un sistema de errores y de preocupaciones, cuyos principios primitivos son prohibir el uso de la razon y cerrar los ojos á la verdad, engañar á los hombres sin hacerlos más virtuosos. La conviccion profunda de los incrédulos es que el cristianismo no ha tenido influencia algu-

(1) *El Cristianismo desenmascarado*, p. 233.

(2) *Historia de la supersticion*, t. II, p. 49.